

Las mujeres y la perspectiva de la misión continental

■ Consuelo de Prado, O.P.
Teóloga, Instituto Bartolomé de las Casas, Lima, Perú.

El tema de las mujeres es muy presente en la Quinta Conferencia de los obispos latinoamericanos en Aparecida. El tema no se deja reducir a unos numerales (párrafo 9.5; 451-458), sino que atañe al documento conclusivo en su conjunto. Necesitamos estar conscientes de esta novedad del léxico en este importante documento del magisterio eclesial que es un indicador de la incidencia de las mujeres en el continente. Y habrá que destacar que por los caminos de la misión continental las mujeres irán experimentando en sus propias vidas dinanismos de liberación más allá de lo que estaba previsto o intuido en un primer momento, en la Conferencia de Aparecida.

De la complementariedad entre hombres y mujeres

En América Latina y en El Caribe nos encontramos en un contexto de globalización, globalización sobre la que se está reflexionando de forma intensiva, con muchas anécdotas, sugerencias e imágenes. Solo voy a destacar uno de los aspectos de ese contexto de globalización. El documento conclusivo de Aparecida dice (en su numeral 202) que se requiere imaginación para encontrar una respuesta a los muchos y siempre cambiantes desafíos que plantea la realidad, y que ellos exigen nuevos servicios y nuevos ministerios. Considerando esta necesaria imaginación

y creatividad, quiero recordarles cuatro problemas, o mejor cuatro conjuntos de problemas, que señalan urgentes tareas para los cristianos y cristianas en nuestra época. Un conjunto de problemas tiene que ver con los problemas que se derivan de la dimensión socio política. En ello nos encontramos con el dilema de la relación entre pobres y ricos, un problema que conduce a la necesidad de implementar una justicia distributiva, una perspectiva que se recoge y explora en el documento de Aparecida.

Un segundo conjunto, o eje, de problemas proviene de la dimensión antropológica, es decir, de la relación entre hombres y mujeres. Una tercera serie de problemas son los que nos obligan de estudiar las relaciones del ser humano con la naturaleza —les podemos considerar como dimensión cósmica—, y que ha desencadenado un amplio movimiento ecológico en estas últimas décadas. Podemos señalar un cuarto eje de problemas que derivan de la dimensión religiosa, y que ha sido abordada en la ponencia de Dennis Smith. Es esta la dimensión que pone al ser humano en relación con Dios y que impulsa en el contexto de América Latina, nuevos caminos de ecumenismo y de diálogo interreligioso. Los cuatro ejes se presentan bajo modalidades distintas en contextos distintos, pero se cruzan y entrecruzan en la realidad. Y aun reconociendo que están entrelazados y entrecruzados, quiero centrarme por el momento en el problema antropológico, en el tema de relación entre hombres y mujeres.

Como lo señala el título de mi presentación, me dedicaré al tema de las mujeres en la misión continental. Por ello me apoyo en la perspectiva antropológica, recordando que la unión entre hombres y mujeres en plano de igualdad representa, hoy en día, un componente esencial de nuestra antropología y de nuestra dinámica cultural. El documento de Aparecida recuerda (en 451) que la antropología cristiana resalta la igual dignidad de varón y mujer, en razón de ser creados a imagen y semejanza de Dios. Se habla de la urgencia de tomar conciencia de la situación precaria que afecta la dignidad de muchas mujeres. Y es por primera vez que se expresa en un documento del magisterio eclesial que es urgente que América Latina y El Caribe superen una mentalidad machista, que ignora la realidad del cristianismo, en qué se reconoce y proclama la igualdad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre (453). No deja de ser de

importancia que se hable de la necesidad, de la urgencia, de superar la mentalidad machista en nuestro continente en un documento eclesial de esta categoría.

¿Qué se aporta a la gran misión?

¿Y qué es que pueden aportar las mujeres a la misión continental? Esta Quinta Conferencia nos recuerda el mandato evangélico de ser y de hacer discípulos para despertar la Iglesia en América Latina y El Caribe para un gran impulso misionero. No podemos quedarnos tranquilos, en la espera pasiva en nuestros templos, sino urge proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra. El Señor resucitado nos convoca para la constitución del Reino en nuestro continente, en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América. En todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos areópagos de la vida pública, de las naciones, y en las situaciones extremas de la existencia, para asumir nuestra responsabilidad por la misión universal. Así lo proclama Aparecida (548) y también afirma que esto requiere una evangelización mucho más misionera, en diálogo con todos los cristianos, y al servicio de todas las personas.

En otro apartado propone que el diálogo debe abarcar a todas las personas, y que la perspectiva del diálogo, como método y como camino, es una exigencia que se impone por una parte por una eclesiología de comunión, y por otro parte por un profundo respeto hacia el ser humano, varón y mujer, como medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco. La categoría del diálogo nos remite al diálogo salvador que Dios estableció primero y gratuitamente con la humanidad. Pone así una fundamentación teológica a esa perspectiva del diálogo para la misión. Tengo que tomar en serio la conciencia y el conocimiento que el otro, la otra tiene de sí. La exigencia del diálogo nos impone un lenguaje respetuoso de la diversidad, que es condición de la alteridad, y evita los opuestos de un discurso exclusivo y de un discurso inclusivo. Es en esta perspectiva del diálogo que se coloca el aporte de las mujeres para la misión continental. La relación entre el varón y la mujer debería ser de reciprocidad y colaboración mutua; la mujer es co-responsable junto con el varón por el presente y el futuro de nuestra sociedad humana.

Es urgente, dice Aparecida (454), que se supere la mentalidad machista en América Latina y El Caribe, que ignora la novedad del cristianismo, donde se reconoce y se proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto del varón. En esta hora urge escuchar el clamor tantas veces silenciado, de mujeres que son sometidas a muchas formas de exclusión, y a violencia en todas sus formas, en todas las etapas de sus vidas, en particular, las mujeres pobres, indígenas, afroamericanas, que han sufrido una triple marginación. Me produjo sorpresa y alegría, esta palabra URGE. Urge que todas las mujeres puedan participar plenamente en la vida familiar, económica, cultural y eclesial, en crear espacios y estructuras que favorezcan su mayor inclusión. En el documento Aparecida se reconoce que las mujeres constituyen en general la mayoría de nuestras comunidades cristianas. Son las primeras transmisoras de la fe, y son colaboradoras de los pastores, quienes, dice el texto (455), deben atenderlas, valorarlas y respetarlas.

Un aspecto que me parece importante subrayar, en esta lectura con el sesgo de las mujeres co-responsables, de las mujeres en diálogo, es el efecto que esta perspectiva puede traer sobre la identidad del varón. Dice el numeral 449 que el hombre se siente invitado a formar una familia, motivado por la hermosa realidad del amor. Y que allí en una disposición de complementariedad, vive y valoriza para la plenitud de su vida, la insustituible riqueza del aporte de la mujer, que le permite reconocer más nítidamente su propia identidad.

Todas las auténticas transformaciones se forjan en el corazón de las personas e irradian en todas las dimensiones de la existencia y convivencia. No hay nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas. Varones y mujeres, mujeres y varones, tienen que ir al encuentro de los pobres y los que sufren y deben crear estructuras justas, que es una condición sin la cual no es posible un orden en la sociedad. Tales estructuras justas, nacen y funcionan cuando la sociedad percibe que hombre y mujer, creados a imagen y semejanza de Dios, poseen una actividad inviolable, al servicio de la cual se conciben e implementan los valores fundamentales que rigen la convivencia humana (537).

Conclusiones

Primero es bueno tener en cuenta, en un contexto interreligioso, que las grandes religiones muestran caminos para salir de la cárcel a las mujeres, pero que al mismo tiempo tienen mecanismos para introducirlas en las más poderosas mazmorras. Depende de muchos factores, de que nuestro viaje como mujeres sea de entrada o de salida; así nos advierte una centinela en las sombras de la noche.

Creo que las mujeres han realizado cuatro adquisiciones en su proceso, en su caminar por este contexto latinoamericano; adquisiciones que son temporales, no definitivas, porque tenemos muchas urgencias todavía. Una primera adquisición es la experiencia de reconocernos como hijas amadas de Dios, a imagen suya, salvadas gratuitamente, sin mayores condiciones. Aquella adquisición nos libera del lastre de sentirnos hijas de Eva, con el estigma impuesto de que seamos indignas, impuras, inferiores y tentadoras. Una segunda adquisición, la lectura de la palabra de Dios en clave de encuentro, va estructurando toda nuestra vida personal y comunitaria.

Una tercera conquista son las redes de mujeres, que se van dando las manos unas a otras, mujeres de distintos credos religiosos, de distintas iglesias, de distintos grupos, que no reconocen que pertenecen a una iglesia, pero que se sienten unidas por el Espíritu. Las redes de mujeres que se dan las manos unas a otras, a través del tiempo, van rompiendo fronteras y conforman un acontecimiento novedoso en América Latina y El Caribe. Mencionamos, como adquisición final, la comprensión y vivencia de la espiritualidad como un compromiso libre y auténtico con las personas más débiles; compromiso libre y auténtico en el que las mujeres también crecen y en que aumentan su libertad.

Tenemos entonces una relación, un hilo conductor, un percance mutuo, de tres términos: mujeres, espiritualidad y liberación. No se puede parar esta corriente que parece que está presente en todas las grandes religiones. El documento de Aparecida asomó de manera discreta, pero real, esta corriente que aparece también viva y fecunda en las iglesias de América Latina y El Caribe.

Para finalizar quiero mencionar las acciones pastorales que el documento conclusivo (458) propone con relación a las mujeres. Quiere impulsar la

organización de la pastoral de manera que ayude a cada mujer a descubrirse y desarrollarse, y a que promueva el protagonismo de las mujeres. Una segunda acción debería consistir en garantizar la efectiva presencia de la mujer en los ministerios que en la iglesia son confiados a los laicos, así como en las instancias de planificación y decisión pastorales. Y se recomienda que la iglesia acompañe a las asociaciones femeninas que luchan por superar situaciones difíciles de vulnerabilidad o de exclusión. No es todo lo que se puede desear al interior de la iglesia, pero es importante, esta preocupación de considerar a las mujeres y de incluirles en los ministerios.